

¡Aletas de tiburón en salsa!

por Asun Balzola



Emilio Salgari.



Asun Balzola.

El león de Damasco

Ahí tenéis la bandera de los tres leones rampantes!... Señora, ya se aproxima el momento de la venganza!».

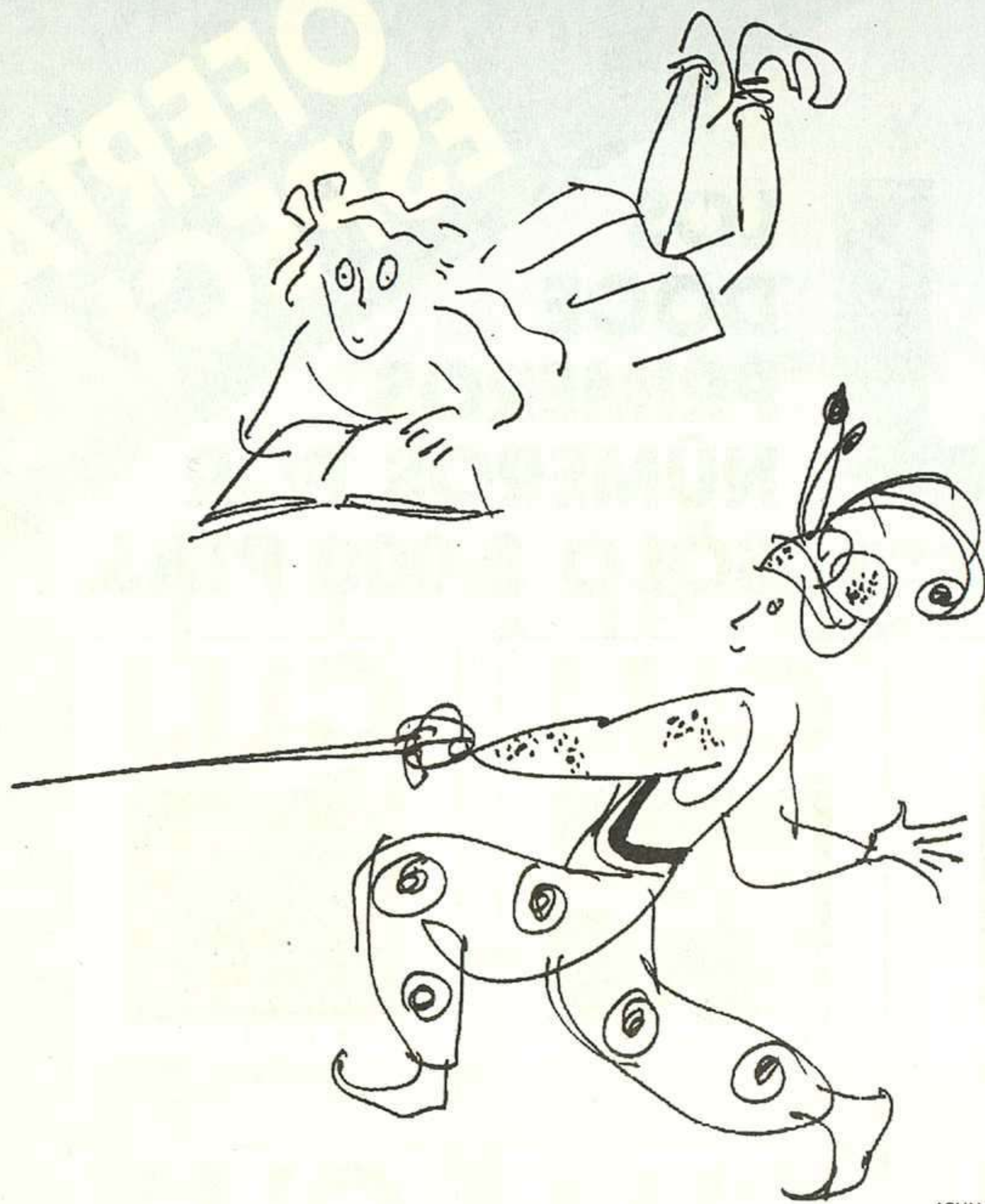
Ahora sonrío, claro, pero no puedo evitar un leve escalofrío. Le estoy muy agradecida por haber iluminado aquellas interminables tardes de lluvia en las que yo pensaba que ser una

niña era un latazo y él, Salgari, me proponía una heroína como Leonor, duquesa de Eboli, que, además de ser guapísima y tan valiente que se disfraza de hombre para luchar sin problemas de sexo, posee el secreto de una estocada mortal que la hace invulnerable. Me parecía un buen modelo a imitar. (Mucho mejor que Florita.) La

llamaban «El Capitán Tormenta», el terror de Famagusta —¿dónde estaría Famagusta?—, porque Salgari nunca se contenta con el solo nombre de sus protagonistas, necesita enfatizar y mitificar, llevado por su desafortunada pasión romántica, y les pone maravillosos apodos: el marido de Leonor es «El León de Damasco»; Sandokán, «El tigre de Malasia», y Mariana, «La perla de Labuán».

Releer a Salgari es como abrir un armario cerrado desde hace mucho tiempo. El armario de la abuela repleto de ropa negra, un mantón de Manila, docenas de cajitas con botones, cintas y tiras de bordados. Nostalgia de la antigua casa de Lersundi en Bilbao y, sobre todo, de la ingenuidad de la niña que leía tumbada en el suelo. Entonces el mundo me parecía muy estrecho fuera de aquellas paredes, donde todo era posible gracias a los sueños de mis hermanos y míos. Las leyes de la convivencia eran muy difíciles de aprender. Creo haber tardado siglos en saber atarme los botones de la ropa y los lazos de los zapatos, no digamos a tener buenos modales en la mesa, y siento pavor cuando recuerdo la frase: —Ven a saludar a las visitas. Las visitas eran un horror de señoras empolvadas e inquisitivas y de señores que fumaban puros y me daban alegres manotazos. Odiaba con todas mis fuerzas las meriendas de cumpleaños entre niños y niñas extraños y una vez unas «amiguitas» me invitaron a ver «Los sobrinos del Capitán Grant», primera vez en la vida que fui al teatro, y durante las dos horas que duró la representación sudé de vergüenza ajena. Todo me pareció ridículo —sobre todo la escena en que unas señoritas cantaban con un cigarrillo en la mano «cuando el humo sube, el humo sube, el humo sube...»— y volví a casa exhausta.

Tampoco me gustaban las canciones de la radio, ni los discursos de Franco, el rosario en familia o los seriales. No era capaz de descifrar los acertijos o las adivinanzas. Los per-



ASUN BALZOLA.

sonajes del circo —payasos, domadores, ecuyeres— me daban mucha lástima. Ir al Parque a «jugar» era un sacrificio de los peores. En fin, era una extraña. Nadie me entendía y yo no entendía a nadie. Tenía ocho, nueve años. En ese período el único mundo comprensible y atractivo era, pues, el de los libros y entre ellos los de Salgari eran los que me ofrecían una evasión más perfecta. Me parecía mucho más lógico llevar «...unos elegantes calzones de seda blancos recamados en oro, amplios y acuchillados para que pudieran verse las piernas, jubón de seda verde orlado de perlas con botones de perlas aún mayores y de extraordinario valor...» que los vestidos que me hacía la costurera.

—¿Cómo serían de grandes los botones, tú? —preguntaba a mi hermano.

—Como huevos de avestruz —contestaba éste sin titubeos. Y cuando nos sentábamos a cenar y había sopa decíamos entre dientes para que «los mayores» no se enteraran: —¡Aletas de tiburón en salsa!

Sin embargo, aunque hoy puedo observar en sus novelas una exageración constante, Salgari escribe con magia, auténticamente enamorado de las palabras que le arrastran y son las palabras exóticas las que aún ahora

me fascinan: el kriss malayo, las chalupas y las galeras, las culebrinas, los arcabuces y las bombardas, los jenízaros... Si olvidaba explicarlas, como sucedía a menudo, no tenía importancia entenderlas, eran deliciosos caramelos fonéticos.

A veces, cuando resume situaciones pasadas es más bien chapucero y tan sintético que hay que volver hacia atrás para enterarse bien de lo que pasa. Otras se detiene amorosamente en descripciones minuciosas. Y los adjetivos que usa copiosamente y sin ningún pudor —su hermosísima frente... negrísimo cabello... pesados tejidos carmesí... espléndidas vestiduras... enérgicos corceles de largas y ondulantes crines...— detallan y colorean a los personajes, siempre melodramáticos y vehementes; a los ambientes de lujo o de muerte; al mar, a los cielos y a las tierras exóticas.

No hay mediocridades ni medias tintas: las cosas son de valor inestimable, la cintura de Leonor cabe en una mano y sus dientes son una hilera de perlas, el nombre de Sandokán resuena cual campana fúnebre. Todo es espantoso o magnífico, aterrador o maravilloso.

Ninguna sutilidad en la psicología de sus personajes, que giran sin cesar alrededor del honor, la venganza, el

«coup de foudre», la amistad, pero a pesar de su ingenuidad le redimen su vitalidad, su generosidad y su imaginación contagiosa.

No poseía una gran cultura —no terminó siquiera sus estudios en el Instituto Naval de Venecia—, ni había viajado por el mundo como se suele creer erróneamente —su único viaje fue por el Adriático en una Nave Escuela— pero leyó sin parar durante toda su vida y supo utilizar sus lecturas: detrás de Salgari están Verne, Dumas, Conrad, Byron y hasta D'Annunzio. Escribía a destajo, siempre engañado por sus editores, siempre corto de dinero. Publicó mucho, unas ochenta novelas y más de ciento cincuenta relatos para chicos: *Los misterios de la jungla negra*, *El Corsario negro*, *Yolanda, la hija del Corsario Negro*, *Los piratas de Malasia*, *Los tigres de Mompracem*, *El Capitán Tormenta*, etc.

¡Pobre Salgari! Agobiado por las deudas, lleno de envidias, frustraciones y delirios. Tocaba el piano —como Sandokán— y escribía con una botella a su alcance. A golpe de cimitarra acababa con todos aquellos a los que no podía asesinar en la vida real, que por otro lado era exactamente lo que me pasaba a mí de niña. Salgari soñaba con tierras lejanas, sofocado por el ambiente estrecho de la ciudad donde vivía, Turín, la más francesa de las ciudades italianas, elegante y provinciana, con una sólida burguesía de mucho dinero. Murió suicidado y medio alcoholizado.

«Sirvió, por tanto, en primer término, pilaf, es decir el típico arroz turco o, para ser más exactos, persa; cabezas de carnero asadas con judías verdes en salsa de ajo; misir, mazorcas de maíz asadas que se comen con sal; simit, tortas dulces escaldadas y yogur, dátiles, higos secos y castañas pilongas y pasas de Chipre y de Morea.»

Sí, ahora me parece absolutamente «kitsch», pero no reniego de él que alegraba mis lentes en los años cincuenta. ■